

una seguridad sin petulancia,
la dignidad tremenda de ser bueno,
estar dispuesto a ser con lo que abruma,
tu extraño poderío, tu imponente
disposición leal, que son tu gloria.

¿Continuarás por siempre en una calle?
¿Podrás dejar de ser en tu modestia?
Un carro es otro carro, y no hijo, sino
viejo, nuevo modelo que en sí acaba,
como lo que al vivir se perpetúa.
Y una rueda, esa rueda inmejorable
por la que normalmente te resuelves,
no acaba cuando tú, descoyuntado,
comprendes que morir no es cosa tuya.

Por tus brazos, perpetuos de caricia
enraizas en la tierra tu esperanza;
el cielo que en la calle a penas cabe
busca la resonancia de tus ruedas;
sobre el ara propicia que supones
ha de alentar lo que alentando quieres,
y por si fuera poco, varón claro,
caminarás de acuerdo con la especie
más tierna a que dedicas tu vacío.

Déjame que te imite al realizarme.
Cúmplete, conllevando carga y vida.
Que a San Martín, la calle labradora,
como a esta vida mía en que te encuentro,
hay que traer espléndidas cosechas,
para que la calleja y mi fracaso
se crean, cual graneros desbordantes,
que lo que tú transportas, mansamente
es merecida flor, plena alegría.

II

EL CARRO DEL TRIGO

Jamás veré custodia que te iguale.
Jamás canción tan plena, tan henchida.
Jamás una jornada llegó a tanto,
ni a tanto el colmo puro de una fiesta.
Jamás, jamás —¡oh tierna apoteosis!—
tuvo cosecha un trono como el tuyo.
Jamás fuga candel vieron los ojos
como la madurez que ahora trasladadas.
Jamás, jamás, jamás tanta alegría.

¡Cuánta verdad para cifrar la dicha!
Cómo la mies, señora y soberana,
traduce en oro, en rubia y tierna nube,
esa canción madura, esa armonía
buscada en tu rumiante desventura,
y cómo, mediodía preferido,
colmada granazón que el carro lleva,
el alma se supone coronando
tu múltiple razón de trigo y paja!

¿Adónde vas, amigo, de tal suerte?
¿Cómo es posible siesta tan madura?
¿Es necesario estar como tú estabas
ayer en la calleja abandonada,
para resucitar tanta riqueza?
¿Se hace preciso ser en el olvido
con tu sencillez viva extraordinaria?
¿Adónde vas, adonde, que los cielos
descansan sobre ti su real fatiga?

¿Cuál tu bondad, que el trigo se reclina
sobre tu pecho, igual que lo espigara?
¿Cuál el merecimiento a que llegaste
para alumbrar estrofa en la que duerme
canto de la chicharra, esfuerzos dobles,
la libertad más pura que conozco,
silencio, luz, aliento, confianza,
un mundo de trabajos y otro entero
de nutritiva ley animadora?

¿No sabes que en tu pecho va el principio
por el que mi trabajo no es condena?
¿Ignoras que en tu sueño se levantan
como caudales vivos los que luego
viveza infundirán al ser humano?
¿Cómo si ayer por nada te inmutabas,

hoy turbas por el hecho de ir rendido
de una fertilidad que no comparo,
del único y tremendo regocijo?

¿Borraste aquella sombra que envolvía
como un cendal purísimo tus huesos,
dándoles el pesar acrecitante
de una veteranía sufridora?
¿Dejaste atrás todo lo que negaba
por ser en tu contorno una ruina,
alzándolo hasta ti, hasta el estío
lozano, salvador de la cosecha,
como si un claro impulso fueses siempre?

¡Oh bienaventurada maravilla!
¡Oh pura amenidad de la fatiga!
Dame, dame la norma embriagadora
que acerca lo real a lo infinito,
y pasa lento, lento entre los hombres
para que todos juntos comprendamos
lo que hay de candoroso en lo cumplido
y de certeza en ti, cuando discurre
cabeceante y sordo como un árbol.

Pensar que las espigas pueden verse
más solidarizadas que el fracaso;
sentir la trenza inmensa que enaltece
tu rostro confundido de grandeza;
mirar cómo te pierdes en la fosca
merced de tu dorada obra rendida,
son hechos que me acercan la frescura
—nuncio del tibio pan más generoso—
que brisa en la bahía de tu carga.

Trigo en el trigo, gloria sobre el carro
probando que en la obra sucumbimos;
tropel de espigas dándote figura
de esencia prodigiosa, de cuantía;
verdad de la cosecha sostenida
sobre tu sencillísima andadura...
¿por qué de rico enjambre y de verano
llenais a quien apenas si es otoño,
como mi corazón y mi ternura?

¿Qué soportó al sufrir que yo no hiciera?
¿Cuán despaciosamente labró el pecho?
¿Es que esa integración que el carro mece,
rindió al dolor más preces que mivida?
¿Es que para ser pleno hay que humillarse
como él lo hizo en la calle campesina?
¿O es que vivir como alma de trigales,
obliga a palpar en la hermosura
de múltiples destinos realizados?

Cuando de trigo el carro marcha lleno,
¿no es vida propia en vidas realizadas
lo que nos pide al hombre ser la sangre
prudente de otros seres bien nacidos?
¿No nos parece el carro cauce pobre
del mar nutricio y fértil que lo usa?
¿No aclama la cosecha prodigiosa
el grave conllevar que la destina
de la era satisfecha al vientre hambriento?

¡Ay carro de los trigos, sé por siempre
modelo, sé constante, sé principio!
¿Cuando ciegas caminos, los consagras!
¿Cuando separas muros, arracimas!
¿Cuando la espiga canta, ruiseñora,
en la mañana viva que te eleva,
todo se justifica en la congoja,
y hasta morir por otros me parece
probar que me subyuga tu tarea!

No hay plenitud, lo sé, donde no vivan
como jilgueros tiernos, los que alientan
con mi pasión, mi sangre o mi esperanza.
No hay realidad, no hay hombre, si en el

[pecho
el resonar de quienes siempre sufren
deja de confundirse con la sangre.
Morir es transportar sólo una espiga,
y sólo cuando el alma es alma en otras
la primavera nace de tu carga.

La primavera, sí, esa armonía
que es pura por copiosa y rica, porque
sin ser de ti, cual fruto, lo parece;
la primavera, sí, esa cosecha
que es tuya por tu esfuerzo, por tu empeño,
porque en tu soledad la fecundaste,
y porque sólo en ti, en este instante
que nutre su efusión de tu afán libre,
te hermana totalmente con la tierra.

¡Pareces un casado apenas hecho!
¡Los hijos cuando nacen no consagran
de tal manera al hombre, como el trigo
en este tu estelar momento único!
Ser es crear, pero crear es sólo
ser útil como tú, ser alimento;
ser sueño compartible; ser la savia
de todo el que se sienta a nuestro paso
mirada, elogio, salve, canto y vida.

Marcha, marcha tranquilo, que a la estrofa
de trigo no hay quién logre superarla.
No digo a la soberbia que te ensalce,
porque cuando se es grande se es sencillo.
Pero no calles tanto, no silencies
que la alegría corre por tus venas,
porque cuando se es verso, cuando todo
confluye en nuestro ser acreditándolo,
Dios deja que cantemos como ríos.

Te llamo libertad como a ninguna
sorpresa de la tierra; hay en tu suerte
tanta felicidad posible y pura,
que la potencia viva de tu gloria
desmiente lo que todos conseguimos
para perpetuarnos pobremente.
El poderío pesa, carro amigo.
Y porque eres poder mientras conllevas
la cálida sazón con que limitas,

derramas un sosiego, una ventaja,
dispuestas a brindarse a quien encuentre
salud en tu suprema servidumbre,
por lo que veo mi vida coronada
en una realidad como la tuya,
cuando sobre mi espalda sólo aquello
que mío o de la vida represente
la pretensión de todo lo que crece,
exorne mi humildad eternizándola.

Lo quería decir: ¡Eres humano!
Eres el hombre al fin, cuando se sueña
caudal de los caudales, fe del mundo,
centro del Universo donde vive.
Eres el mandamiento más purísimo,
el charco donde Dios se reconoce,
un caminante fuerte que tornara
su anhelo de infinito en este vasto
racimo de comida bienhechora.

Eres la raíz en gloria de una vida;
la gloria más completa del olvido;
como una recompensa en beneficio
de aquello que es capaz de merecerlo;
eres el movimiento suficiente
de lo cabal, lo honesto, lo legítimo,
lo honrado, lo mejor, lo que supone;
eres lo que le falta a un hombre sólo
para sentirse causa de la tierra.

Las eras recogidas en tu ensueño
hacen justicia al carro coronándolo;
el campo al resumirse en tu riqueza
te ofrenda la flor justa, necesaria;
pensando que tan sólo eres pretexto
de una razón sinfónica, del trigo,
y que bajo su agobio rumoroso
un férvido desvelo representas,
comprendo mi misión, en tí lograda.

¡Oh vasto haz de cosechas, sí hay amparo!
¡Sí hay puente entre el amor y Dios, su
(gloria!

El quehacer no consiste más que en una
cosecha conllevada por aliento
de nuestras peregrinas pretensiones,